

so localizarles de nuevo en 1969. «Yo estaba entonces en Israel y al saber las circunstancias en que se encontraban, quise ofrecerles mi ayuda. Les pagué el viaje y vinieron los dos a una colonia alemana donde vivía mi tía Carlota, una her-

El niño fue educado en los mejores colegios suizos. Todo lo costeó el primogénito, Ernesto

El próximo 4 de febrero todos los hermanos están citados en el Juzgado nº 49 de Madrid para la vista oral

mana de mi abuelo Guillermo. Ésa fue la primera vez que les vi. El niño tenía 9 ó 10 años, para ellos éramos su salvación».

Albertina y Ernesto chocaron pronto. «Decidimos que lo mejor era que se marcharan a Suiza, donde escolarizamos al niño en las mejores instituciones. Yo insistía en que ella se pusiera a trabajar, pero no quería. Después de conocer mejor a Albertina, tuve dudas sobre si ese chico era o no mi hermano. Si no lo era, me queda la tranquilidad de haber ayudado a un niño que venía casi del tercer mundo a encauzar su vida por los mejores caminos».

Mientras habla, Koplowitz aporta gran cantidad de documentación. Fotos del niño que le mandaba Albertina, postales que se escribían. También los diplomas y las matrículas de los carísimos colegios donde estudiaba Carlos, que costeó él íntegramente. «Me gasté 700.000 francos suizos en su educación, el equivalente a un millón de euros de hoy».

Entre Albertina y Ernesto la situación se recrudeció y el chico tomó partido por su madre. Ambos se quedaron en Suiza y durante muchos años no volvieron a tener contacto. ¿Y Esther y Alicia? ¿Sa-

El empresario casó a su amante con un empleado de la empresa, quien le dio el apellido a Carlos

Ernst y Albertina se enamoraron en Caracas. Él le puso un piso en la calle Juan Bravo de Madrid

bían de la existencia de este hermano? «Sí, lo sabían. Yo les consulté sobre la educación del chico y sé que hubo quien les enseñó alguna foto, pero para ellas es un tema muy doloroso. Alicia años más tarde me contó que nuestro padre había sido incinerado, quizá para que yo se lo trasladara a Carlos, y así evitar cualquier tentativa de practicarle una prueba de ADN».

Aún habría una segunda oportunidad para el venezolano, cuando Ernesto Koplowitz creó una fundación en memoria de su padre, a principios de los 90. «Le pedí que trabajara con nosotros, para ver si sus actos demostraban

que era un Koplowitz de verdad, más allá de la sangre». Carlos llegó de Suiza y se empleó como contable en el recién creado organismo. Tardó tres años en volver a casa, por desavenencias con Ernesto. Reside desde entonces en Vevey, donde trabaja como funcionario para el cantón de Vaud «por unos 4.000 francos al mes». Se casó y tuvo una hija.

Ésta no es la primera vez que Carlos Iglesias presenta una demanda de filiación. La primera, que los tribunales españoles no tuvieron en cuenta y que no saltó a los medios de comunicación, fue en 2004. Para esta segunda intención ha recopilado fotografías, cartas y toda clase de documentos que prueban que entre Ernst Koplowitz Sternberg y Albertina Rangel hubo una relación (algunas de esas fotos las reproducimos en este reportaje), lo que ha motivado que el Juzgado número 49 actuara en consecuencia y pidiera la exhumación del presunto padre.

OPOSICIÓN TOTAL

La demanda le llegó a Ernesto el pasado verano, igual que a sus tres hermanas (Isabel, la otra hija que Koplowitz tuvo con Isabel Amores, vive en Canadá). La posición de las empresarias Alicia y Esther es la de mantener un silencio absoluto frente a la opinión pública y una oposición firme a las pretensiones de Carlos en la intimidad. Se preguntan por qué su padre no reconoció a ese niño, cuando no tuvo problemas en darle su apellido a Ernesto e Isabel, también hijos fuera del matrimonio. El próximo 4 de febrero se verán todos las caras en el juzgado, donde tendrá lugar la vista oral. Es más que probable que hasta entonces no se sepa el resultado del test de ADN y no se pueda ver a Carlos tal y como es hoy. Su abogada le ha impuesto la ley del silencio.

Ernesto está tranquilo. Carlos firmó ante notario hace años que, en caso de demostrar su filiación algún día, renunciaría a la parte de la herencia que le debiera Ernesto por lo que se había gastado en su educación. Caso distinto es el de Alicia y Esther, aunque parece que una presunta reclamación de la fortuna paterna sería imposible porque los plazos judiciales han expirado. En cualquier caso, traerá cola. Carlos ya es una de las personas más buscadas por la prensa. El día que exhumaban a Koplowitz Sternberg, de hecho, había un invitado especial entre los curiosos: era él, todavía disfrutando de su anonimato.



PRIVILEGIO. Ernesto gastó 700.000 francos en educar a su 'hermano', a pesar de no estar seguro de su filiación.



¿PARECIDO? Juzguen ustedes. Ernesto y Carlos, en 1992, cuando trabajaban juntos en la Fundación Ernst Koplowitz.

UN INTELLECTUAL APELLIDADO KOPLOWITZ

EREMITA. Su universo no se escribe con las siglas del IBEX. Él se codea con pensadores como el catedrático de Harvard Raimon Panikkar, el filósofo Antonio Escotado o el doctor Juan Pérez Mercader, directivo de la NASA. Todos ellos conocen sus teorías y algunos, como Panikkar, las han discutido largamente con él. Ernesto Koplowitz Amores, uno de los dos hermanos paternos de Alicia y Esther, ha encontrado su lugar en

el mundo pero es un lugar inclasificable, entre la ciencia y la filosofía, un espacio que ha denominado la Teoría del Pensamiento Unificado. Vive modestamente en un pueblo de la sierra madrileña, Morzarzal, desde donde gestiona su página web (www.koplowitz.es), escribe sus obras y se dedica a una vida mucho más espiritual que material. Este «judío errante» demostró su ADN

empresarial en sus primeros años. Es experto en acciones, divisas y metales preciosos. Montó con su primo Carlos Koplowitz un negocio pionero en Latinoamérica. Pero el pariente, presuntamente, le estafó. Tras perderlo todo, protagonizar una sonada huelga de hambre en 1997 y ver cómo su hija y su mujer dependían de la beneficencia, tuvo una revelación: «me di cuenta de que la riqueza está dentro de nosotros».